

Celaya, autor dramático

En la colección teatral de la Editorial Escelicer, abierta a los títulos de la más diversa entidad y calidad, acaban de publicar «El relevo», de Gabriel Celaya. La verdad es que existía ya una edición anterior de la obra, pero su escasa difusión —se trata de la edición de Gora, de San Sebastián— hace pensar que es ahora cuando el texto de Celaya va a ser conocido y juzgado. Incluso hay también un estreno, del que da fe el reparto incluido en el libro, celebrado en 1971, bajo la dirección de Trino Trives. Pero tampoco aquella jornada, vivida en Santa Cruz de Zarza, provincia de Toledo, parece que pudiera sacar al dramaturgo Celaya del censo de los dramaturgos españoles secretos, cuyo cultivo del teatro consta pero cuya obra se desconoce.

La personalidad de Celaya como poeta hace, por otra parte, extremadamente sugestivo el conocimiento de su primer texto dramático. ¿Con qué Celaya vamos a encontrarnos? Pues con un Celaya que, salvo algún breve arrebatado —ese interés del demonio en encandilar con la revolución por la revolución, que es como el arte por el arte, aunque de efectos más aparatosos— y la posible significación alegórica que en nuestro país va teniendo casi todo, se complace en la creación de una serie de imágenes que exaltan el derecho al desorden poético. La acción transcurre en un parque, en torno a un Don Máximo que se empeña en ser estatua inmóvil cuando aún está vivo. A su alrededor



circulan una serie de personajes, que, en términos generales, vienen a plantear el conflicto entre el aburrido orden de cada día —predicado por Don Máximo y vigilado por los guardas del parque— y la subversión de la imaginación encarnada por un ángel milagrero. La pareja de novios y una colegiala son los militantes de esta subversión; Don Máximo, su esposa Doña Escolástica y un guarda, el orden lógico establecido. El demonio, que también aparece, intenta, sobre todo, embarullar el conflicto, responder a la magia poética y bondadosa del ángel con la magia de la travesura caprichosa.

Quizá contado así «El relevo» descubra un esqueleto ideológico bastante preciso. Pero como la obra no es sólo el esqueleto, hay que añadir que Celaya justifica la calificación que ha dado a su intento —divertimiento poético—, al despojarlo de cualquier profundización política o psicológica y quedarse en un juego, en una burla, voluntariamente leve. Los riesgos del terroismo se bordean más de una vez, aunque es justo decir que Celaya consigue casi siempre introducir una ironía que le permite sortearlos. El lenguaje es claro, maduro, sin desahogos inoportunos;

en ello parece un autor hecho, aunque su «inexperiencia» dramática se haga patente en la linealidad de la acción, en la ausencia de una atmósfera que confiera densidad a los personajes, a las situaciones y a su mundo escénico. Pero él mismo ha dicho que se trata de un divertimento en el que la alusión al aduanero Rousseau —al describir el aspecto de uno de los personajes— podría ser

una de las claves de la poética empleada. Entre «naif» y cazurro, entre ingenuo y cargado de intenciones, anda Gabriel Celaya en su primer intento teatral. ■ J. M.

Pedro Rodríguez, premio Temas

Entre 359 artículos presentados al premio

Temas, el mejor dotado en este género (doscientas cincuenta mil pesetas), ha sido elegido el título «Anónimo veneciano», de Pedro Rodríguez. Este premio está patrocinado por Construcciones Colomina, S. A., y vinculado a la revista de esta empresa. El Jurado calificador estaba integrado por don Alejandro Fernández Sordo, don Lauro Olmo, don Aquilino Morcillo, don Pedro Al-

tares, don José Angel Ezcurra, don Juan Fernández Figueroa, don Miguel Rosales, don Ramón María de Zabala y, como secretario, don Francisco Javier Echarren.

«Anónimo veneciano» se basa en el hecho, ocurrido durante la Bienal de Venecia última, que tuvo una gran resonancia por su «interés inhumano». Un hombre, ciego y sordo, fue presentado por un joven es-



Heinrich Böll, condenado al Nobel

El novelista alemán Heinrich Böll ha obtenido el Premio Nobel de Literatura. El nombre de Böll viene «sonando» en la Academia Sueca desde hace algunos años. En esta ocasión compartía su candidatura con la del norteamericano Norman Mailer, el australiano Patrick White, el francés André Malraux y el también alemán Günter Grass. Nadie conoce a ciencia cierta las recónditas motivaciones de la Academia Sueca; sin embargo, de un tiempo a esta parte han surgido sospechas más que justificadas de que la concesión del Premio Nobel responde, no tanto a la intrínseca calidad literaria de los galardonados como a la satisfacción de compromisos de índole diplomática. No puede afirmarse, por supuesto, que este sea el caso de Böll. Pero téngase en cuenta, por una parte, que existen actualmente escritores cuyos méritos creativos superan con creces a los de Heinrich Böll; sin ir más lejos, los asimismo candidatos Malraux, Grass y Mailer. E igualmente podrían citarse los nombres del suizo Max

Frisch, del argentino José Luis Borges, del cubano José Lezama Lima o de los norteamericanos Saul Bellow y Arthur Miller. Adviértase, por otra parte, que la literatura en lengua alemana «sufrió» desde 1946 —fecha de la concesión del Premio Nobel al novelista suizo Hermann Hesse— la carencia del codiciado galardón sueco; más aún: el último escritor de nacionalidad alemana favorecido con el Premio Nobel había sido Thomas Mann, en el ya lejano 1929. Resultaba, pues, oportuno y contemporizador consolar fácilmente a la «Kultur» alemana.

A la hora de avalar su nominación, la Academia Sueca ha definido a Böll como «el mejor poeta de la posguerra en ambas naciones de habla alemana». Dejando al margen el comentario de cualquier posible eufemismo político —puede observarse el ingenuo matiz conciliador de esa alusión a las dos Alemanias—, lo que se nos presenta como dudoso es el hecho de considerar a Böll «el mejor poeta de la posguerra» (máxime si pensamos, por ejemplo, en la obra de un Wolf Biermann o un Hans Magnus Enzensberger). Hace poco más de medio año, en estas mismas páginas de la revista, nos ocupábamos con cierta extensión de la trayectoria creadora del reciente Premio Nobel («Heinrich Böll: de la elegía a la sátira», TRIUNFO núm. 496). No es esta la ocasión de reiterar cuanto allí se dijo. Baste indicar que en dicha reseña se daba como última obra de Böll una novela publicada en el año 1966: «Ende einer Dienstfahrt» (Traducida al castellano en 1968 por Seix Barral bajo el título de «Acto de servicio»). Y es que, en efecto, el silencio editorial de Böll ha durado más de cinco años, y quizá la aparición en 1971 de su voluminosa novela «Gruppenbild mit Dame» («Grupo fotográfico con dama»), aún inédita entre nosotros, haya contribuido a inclinar a su favor la balanza de la Academia Sueca. El caso es que, para bien o para mal, Heinrich Böll ha sido condenado al Premio Nobel. Es decir: a ser encuadrado en piel roja e instalado en las bibliotecas de quienes compran libros por metros lineales. ■ S. R. SANTERBAS.